

El legado

Atardecía. Tras la ventana: la inmutabilidad de un paisaje semiderruido por el calor y el gorjeo de los desolados gorriónes. Nadie comprendió a la abuela cuando, contradiciendo el calendario y el sentido común, afirmó, a principios de verano, que la noche se venía cada vez más deprisa. La sonrisa condescendiente de Mario y la exclamación inconclusa de Susana -pero mamá...!- dejaron a la abuela metida entre sus propios muros desde donde los querellaba a su manera.

Era delicioso sentir sobre nuestras cabezas la caricia de su mano -actualizado cariño siempre a flor de piel-, su empecinado deseo de hacernos felices. Hacía algún tiempo que había dejado de mirarnos; encendía sus pupilas pero el resto de la cara quedaba lleno de tristeza. Ni siquiera se interesaba por nuestros desordenados corros ni por la hiriente iracundia con que desentonábamos las mismas canciones; y aceptaba, distraída, el mate cebado por mamá. Todos sabíamos que ella guardaba un secreto y que quizá sólo cuando llegásemos a mayores nos sería revelado en sus detalles. Sin decir nada todos hurgábamos, nos introducíamos disimuladamente entre los cuerpos y las voces de los adultos; pero cuando la abuela trataba de dejar libre de riendas al corazón, mis padres y los de José Luis y Marina la miraban con inquietud y desaprobación. Más de una vez la circunspecta tía Carmen no pudo evitar el chistido de alerta; y nosotros zozobrábamos sin asidero alguno. El único referente era tío Jacinto que, lo sabíamos a ciencia cierta, no era hijo del abuelo Pedro y adelantaba en años tanto a mamá como a las tías.

A la abuela se le caían las lágrimas cuando echaban por la tele viejas películas melodramáticas importadas de Argentina y México. Había convenido conmigo que valía la pena tener el temple y la fuerza de carácter de Me-

cha Ortiz -aunque no pudiésemos evitar los convencionalismos y la maldijéramos cuando hacía de "mala"- porque la vida es dura y Mecha sólo luchaba por aquello que amaba. Y cuando salía vencida, por fuera se nos remansaba el corazón como al resto de la teleplatea pero muy por dentro nos sentíamos defraudadas porque el castigo nunca estaba acorde con la falta. Odiábamos a Libertad Lamarque, su voz chillona y aniñada; y su maleabilidad para encarnar a personajes desvalidos que, no obstante carecer de fuerza de voluntad, siempre salían victoriosos al final de la película.

Hay que confesar que nos hacía llorar mucho; todos los niños lo hacíamos a hurtadillas porque nos daba vergüenza lagrimar por cosas de mentiras. Nunca le perdonamos -por eso se nos escapaba alguna sonrisa en el momento que una desgracia se cernía sobre ella- que durante un ensayo de filmación le diera una bofetada a Eva Duarte. Cuando la abuela notaba que había quedado demasiado compungida, acercaba su afectuosa mano y me decía: *"no te aflijas, son puros inventos; acórdate de lo que le hizo esa grandísima perra a la santa de Evita"*.



Los domingos al mediodía su casa era el centro de reunión familiar; la noche de la víspera se esmeraba en preparar ñoquis o raviolos porque consideraba que los elaborados en la fábricas eran pura química. En la mesa nunca faltaba el vino; si se excedía en algún vasito se animaba a conversar. Se nos cansaban entonces los ojos de tanto tenerlos fijos en su figura; y nos dolían los huesos porque sentíamos que estábamos creciendo. Pero los mayores vigilaban siempre para evitar cualquier inconveniencia y su reacción era inmediata: *"Acuéstese que ha trabajado demasiado,"* decía alguien; y la abuela cedía como siempre ahogando el ímpetu libertario.

A los pocos días de haber tenido mi primera regla y mientras mateábamos - los que estaban en casa dormían- me contó su historia, los pormenores que hijas y yernos desconocían porque se habían negado a escucharlos y porque habían considerado satisfactorios una serie de presupuestos que les permitía andar con la frente en alto. Nunca pensaron que la abuela necesitaba exorcizar sus fantasmas y que temía que por cualquier minucia, un día cualquiera, le basurearan el pasado.

- Vivía en el campo con mi madre, lavandera y viuda desde que tengo uso de razón. Cuando cumplí los quince conocí a Enrique que trabajaba como jornalero en la estancia de los Gutiérrez... Hacía trotar el alazán cuando pasaba frente al rancho... A mí me daba mucha vergüenza porque no tenía vestidos lindos y los mozos es en ellos en lo primero que se fijan.

La abuela estiró el brazo y tomó el mate que le alcanzaba la nieta. Su mirada se perdía en sus adentros como buscando afanosamente algo que se negaba a aparecer. Por un instante relampagueó en sus pupilas la sorpresa del hallazgo y una lágrima señaló la magnitud de la alegría. Quedó un momento ensimismada y, esbozando una sonrisa, continuó.

- Lo que tenía de pícaro lo tenía de bueno y conquistador. Siempre se las ingeniaba para hacerme reír o para robarme un beso... Mamá le quería mucho, pobre mamita... Y pasó lo que tiene que pasar; no fue pecado ni castigo divino. Si íbamos a casarnos! Era tan gallardo y tan varón que los hijos de don Javier me lo mataron en la feria del pueblo. Yo ya tenía su brote aquí adentro... Lo que más rabia me da es que nunca se lo conté. Mamita no me reprochó nada y lloró mucho porque me había quedado sola, no por lo otro. Cuando ella murió Jacinto tenía siete años; vendí todo, me acerqué a la ciudad y me empleé como doméstica. Luego apareció tu abuelo y me llevo con él. ¿Sabes que jamás me pidió que nos casáramos?

Cuando la abuela concluyó, la niña quiso hablarle, consolarla, pero algo que atenazaba la garganta le impedía incluso respirar. Optó entonces por montar en bicicleta. Recorrió incansable los estrechos senderos de la huerta sembrando el pánico entre las gallinas que gozaban, a la siesta, el privilegio de picotear y escarbar en las parcelas sin cultivo.

El trece de abril la abuela agonizaba a causa de un tercer infarto. Me llamó a su lado y apretándome dulcemente la mano me dijo sonriendo: *"Si quieres puedes contárselo a los demás"*.

RAMON BORDOLI



librería

LAGUN

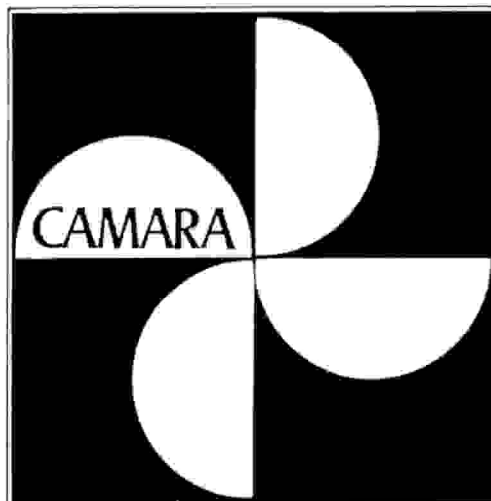
literatura

ciencias sociales

filosofía

P2 CONSTITUCION 3

DONOSTIA



SUSCRIPCIONES
REVISTAS
LIBROS

Euskalduna,6
Teléfono: 4 32 19 45
Bilbao 8